

y que por decir así forman el pecado original de la obra; pero que una vez conocido y estimado, no opone ya dificultad alguna á la perfecta inteligencia y justa apreciación de los hechos, á la vez que facilita al lector la clave con cuya ayuda puede rectificar y aun suplir lo que sería imposible obtener por medio de notas ó apostillas.

Al dar punto á las mías con este breve ensayo crítico de la excelente historia del señor *Prescott*, uno solo, y tan cordial como ferviente voto, me queda por hacer, y es, que el autor no vea un designio hostil en la idea que lo ha inspirado, que tolere indulgente los deslices de la pluma que lo ha escrito, y que lo acepte como una muestra de alto precio que para mí tiene su obra, y como un testimonio del respeto muy debido á sus opiniones. El señor *Prescott* sabe que nadie piensa en defenderse cuando se cree invulnerable, ó nada tiene que temer de los ataques que se le dirijan.

México, Octubre 21 de 1896.



NOTAS AL TOMO PRIMERO.

NOTA PRIMERA.

HISTORIAS TOLTECAS.—ANALES Y ESCRITURA
GEROGLIFICA DE LOS AZTECAS.



APITULO I, página 7, nota
12 (1). . . Poco puede saberse con exactitud de este pueblo, cuyos recuerdos históricos han perecido, y que sólo nos es conocido *por la tradición oral* de las naciones que le sucedieron.

(1) Todas las veces que lo permita la naturaleza del asunto, encabezaré las notas con el pasaje del autor, en que se encuentra el pensamiento que las motiva.—Nota del autor.

Las páginas citadas en estas Notas se refieren á la edición de la Historia de la Conquista de México por Prescott, publicada en esta capital por D. Ignacio Cumplido el año de 1845.—Nota del Editor.

Para fundar el Sr. Prescott esta aserción, que destruye fundamentalmente la fe de nuestros antiguos monumentos históricos, invoca la autoridad de *Boturini*, esforzándose en convencernos con ella misma, de que este literato *no poseyó jamás ningún manuscrito tolteca*, y que solamente supo por oídas de uno que existía en poder de *Ixtlilcochitl*. “Este último escritor,” añade el Sr. Prescott, “confiesa que sus noticias sobre los toltecas y chichimecas se fundan en la interpretación (probablemente de pinturas tezcocanas) y en la tradición de algunos ancianos, pobres autoridades tratándose de sucesos acaecidos siglos antes.”

He fidelizado las citas del ilustre escritor, y no encuentro fundada la proposición que se propone establecer. La de *Boturini* no sólo me parece inexacta, sino que aun la juzgo enteramente desfavorable á su intento, pues este escritor indiano dice, que para esclarecer las dudas que lo rodeaban sobre nuestras antigüedades, *buscó las más antiguas historias toltecas*; y á la página 140, número 4, asegura que *tenía de esta historia (la tolteca) un libro manuscrito en*

lengua Nahuatl, tejido con bellisimas figuras, caracteres y símbolos &c. En las páginas 122, 23, 35, 36, 40, 42, 43 y en las 1.ª y 2.ª del *Catálogo del Museo*, se encuentran otras muchas indicaciones de la misma naturaleza.

La autoridad de *Ixtlilcochitl*, que el caso debe considerarse como la fuente, es todavía más expresa y concluyente. En la primera *Sumaria relación &c.*, después de enumerar las más antiguas tradiciones de los toltecas, dice: “Estas y otras muchas cosas alcanzaron los toltecas (sobre la creación del mundo).....según en sus historias y pinturas parece, principalmente de original; digo de las cosas que se les halla pintura é historia, que todo es cifras en comparación de las historias que mandó quemar el primer arzobispo que fué de México.” (2) Lo mismo y con más pormenores repite en la relación 5ª, como se verá en el pasaje que copiaré adelante.

Por el antes copiado se reconoce desde

(2) Relación primera en la colección de MS. del Archivo general, intitulada: *Memorias para la historia universal de la América septentrional*. Vol. 4. fol. 5. *Relaciones de D. Fernando de Alva Ixtlilcochitl*.

luego que sus relaciones no descansan sobre la simple fe de la *tradición oral*, sino en las tres clases de autoridades más respetables y seguras que reconoce la historia. 1. ^o Monumentos históricos primitivos de escritura pintada ó geroglífica. 2. ^o Historias escritas en nuestros caracteres por indígenas anteriores á la conquista. 3. ^o La tradición de contemporáneos versados en la historia de su país y en la interpretación de las pinturas antiguas que aun se conservaban. Tales son, repito, las tres clases de autoridades en que se apoya *Ixtlilxochitl*, y que muy claramente distingue, tanto en sus citadas relaciones, como en el prólogo de su *Historia Chichimeca*. Veamos ahora cuál puede ser la fe que merezcan las personas á quienes consultó, pues él mismo se encargará de darnos su biografía en la nómina siguiente que he resumido, conservando á la letra lo sustancial.

D. *Lucas Cortés Carlanta*, de ciento ocho años, señor de Conzoquitlan, persona principal y antigua &c., que obtuvo sus noticias de los señores de Tezcuco y lo vido en los *archivos reales*, tratando y comunicando con ellos.

Jacobo de Mendoza, Tlallcutzin, principal de Tepepulco, de casi noventa años, hombre muy leído y buen gramático y muy siervo de Dios, que también tiene historias y relaciones, y alcanzó á ver la ciudad de Tezcuco y los hijos del rey *Netzahualpintzintli* que se lo declararon.

Gabriel de Segovia Acapiotzin, principal de Tezcuco, nieto del famoso infante *Acapiotzin* y sobrino del rey de Tezcuco, de ochenta y ocho años, que también alcanzó y vido los *archivos reales de Tezcuco*, y comunicó muchas veces con los historiadores y los hijos del rey sus primos.

Otro principal de México, *Tlaltelulco*, de ochenta y cuatro años, hijo de los historiadores de la ciudad, y todavía muchos y muy antiguos papeles y memoriales que después escribieron, los que supieron primero escribir... los que conforman con la *historia original* que tengo en mi poder.

D. *Alfonso Izhuecatocatzin*, por otro nombre *Axayacatzin*, hijo del rey *Cuitlahuac* de México y sobrino de *Moctezuma* y señor de *Iztapalapa*... que como muy curioso y leído estando gobernados en Tezcuco juntó muchas historias y viejos historiadores de sus

archivos reales con otros que él tenía en su poder; que hoy día tienen algunos pedazos sus hijos los señores de Iztapalapa, especialmente Doña Bartola, que escribió varias historias en mexicano; principalmente la mexicana, que está más especificada, he tenido en mi poder y conforme en todo con la *original historia*.

El autor continúa refiriendo otras muchas autoridades, que cita en globo, y que me parece inútil trascribir, pues las producidas me parecen suficientes para establecer, que aun aquellas que podían calificarse como de *tradición oral*, dan fe y testimonio de la existencia, no de un solo manuscrito, como da á entender el Sr. Prescott, sino de muchos que se conservaban en poder de los testigos, y que *Ixtlilxochill* vió y consultó.

Uno de los más estimables y distinguidos historiadores de nuestras cosas antiguas, (3) apartándose del sendero común seguido por los de su carrera, no se conformó con dejarnos una vaga narración de las tradiciones que aun se conservaban frescas y vivas cuando vino á estos países, sino

(3) Fr. Bernardino Sahagún.

que formando una especie de academia, compuesta de sacerdotes, de magistrados y de las personas más instruidas en México, Tezcuco y Tlaltelulco, que había escapado á la destrucción de la conquista, se ocupó con ellas durante siete años, en conferenciar las materias de su interesantísima obra, no escribiendo sino lo que resultaba del acuerdo común.

Esta rara diligencia, que inútilmente se buscará en los historiadores de todas las otras naciones, fué imitada por *Ixtlilxochitl* hasta donde le era posible, como ya se ha visto; y amoldándose, además, á aquel espíritu formuloso, introducido por los conquistadores y aun conservado en nuestros días, que no les permitía dar un paso sin escribano y sin proceso, solicitó del virrey, para quien escribió sus relaciones, que le nombrara un escribano *ad hoc*, que diera fe de las atestaciones que *el gobernador, alcaldes, regidores y ancianos de Cuatlanxico, cabecera de Otumba, y los alcaldes y ancianos de Aguatepec, Tizayuca, Azlaquemeca, Tlaupan y las de las estancias de Tepayuca y Axoloayan*, le dieron, sobre la verdad de sus relaciones, en un largo certificado, que

corre agregado al fin de las *Trece relaciones de la Historia Chichimeca*. En este documento, suscrito con fecha 18 de Noviembre de 1608, declaran sustancialmente los que lo autorizan: “Que habiendo leído y examinado “ las precitadas relaciones, las encontraron “ exactamente verdaderas y conformes con “ lo que sabían por la tradición de sus mayores; y asimismo, añaden, *hemos visto* “ cinco historias y crónicas de los dichos “ reyes (los de Tezcuco) y señores, *antiquísimas*, escritas *en pinturas y caracteres*, “ sin otros muchos papeles y recados de “ donde se ha sacado la dicha historia y “ crónica de los tultecas.” Refiriéndose después los deponentes á las historias chichimecas, escritas hasta los tiempos de *Netzahualcoyotzin*, dicen: “que hacía mucho tiempo que habían sido escritas ó pintadas, “ &c.,” y concluyen abonando la veracidad del total de la obra, por encontrarla arreglada á lo que se hallaba pintado y escrito en las antiguas historias y crónicas de las pocas que habían quedado. (4)

En vista de estos testimonios, que ó no

(4) Relaciones, &c. en los M. S. del archivo, vol. IV, cit. fol. 377, 88 y 90.

llamaron la atención del Sr. Prescott, ó quizá faltan en sus manuscritos, parece que no puede ponerse en duda la existencia de las historias tultecas, no cabiéndola ciertamente respecto de las de sus sucesores los chichimecas, pues *Boturini* menciona en el texto de su obra y en su catálogo, un buen número de aquellas que alcanzó y adquirió aun después de más de doscientos años de destruido el imperio mexicano. Todavía el Sr. Prescott intenta rebajar la fe de las que existieron al tiempo de la conquista, diciendo que *probablemente serían pinturas tezcucanas*; mas como no cita, ni creo que puede citar autoridad alguna, para fundar ese juicio meramente conjetural y desnudo de pruebas, quedará siempre como más probable, que las pinturas consultadas por nuestros antiguos historiadores fueran originalmente tultecas, pues para esto sí hay autoridades de gran peso que en una buena crítica histórica no es permitido desechar. Es bien sabido, además, que la destrucción de los toltecas no fué total; que entre los restos que se quedaron habitando el valle de México, había algunos descendientes de sus reyes y caci-

ques, y que el primer cuidado de los que muy poco tiempo después vinieron á fundar el imperio chichimeca, fué reunir aquellos restos, con cuya ayuda restablecieron muy pronto las artes y las ciencias que había cultivado esa célebre nación, viva aún hoy en las magníficas ruinas de sus monumentos. Es del todo improbable que sus memorias históricas también se hubieran destruido, ó por lo menos que no se hubieran restaurado en la regeneración chichimeca. Este es el primero y más natural impulso de todo pueblo que ha perdido su nacionalidad; pudiéndose así decir, que la civilización chichimeca ó tezcocana era realmente tolteca. Un escrito no pierde su nativa originalidad por ser una copia, así como las historias griegas y romanas no dejan de ser tales, porque las tengamos escritas en inglés ó francés; por consiguiente, si las pinturas que se conservaban al tiempo de la conquista eran de esta clase, de hecho poseíamos manuseritos toltecas, aunque la obra material fuera chichimeca, tezcocana ó mexicana.

El Sr. *Prescott*, que suele llevar su ilustrada crítica hasta un punto que casi toca

en el pirronismo, ha intentado autorizarla con el testimonio mismo de *Ixtlilxochitl*, á quien hace decir en la citada nota, *que conociendo que su narración estaba tan llena de absurdos y falsedades, se vió obligado á desechar las diez y nueve vigésimas partes de ella.* “La causa de la verdad, añade, no hubiera perdido gran cosa en que se hubiesen desechado las otras diez y nueve vigésimas del resto.” Permítame el ilustre historiador que no le deje pasar sin respuesta esta observación epigramática y en mi juicio infundada, pues habiéndola cotejado con lo que dice *Ixtlilxochitl* en la quinta relación que se cita, no encuentro que éste haya dicho lo que se le atribuye. He aquí las palabras de nuestro cronista: “Esta es la verdadera historia de los tultecas, según yo lo he podido interpretar, “y los viejos principales con quien lo he “comunicado, me lo han declarado, y otros “materiales escritos de los primeros que “supieron escribir me lo han dado, y otras “cosas curiosas y dignas de traer á la memoria, *siendo cosas verdaderas y ciertas,* “~~no~~ y no pongo de lo que ello fué de las “mil partes las novecientas, que como ten-

“go dicho y por escusar volumen y porque son tan extrañas las cosas y tan peregrinas y nunca oídas, sepultadas y perdidas de la memoria de los naturales, y lo otro por haberles quemado al principio sus historias, que ésta ha sido la causa principal de su olvido.” (5) No ha dicho, pues, *Ixtlilxochitl* ni que desechara las diez y nueve vigésimas partes de sus noticias, ni menos que lo hiciera por reconocerlas él mismo llenas de absurdos y falsedades. Al contrario, expresamente anuncia que las reputaba cosas verdaderas y ciertas, y solamente las omitía por escusar volumen y no ocupar al lector con especies extrañas y peregrinas, temiendo, quizá por el sentimiento de abyección que había comenzado á engendrar la conquista, exponerse á la crítica de los fanáticos y de los incrédulos, que tal vez vacilaban todavía sobre la racionalidad de los indígenas. El menos versado en nuestra historia sabe que aun las grandes lumbreras literarias de aquel tiempo veían con un piadoso y compasivo desprecio las historias y tradiciones naciona-

(5) Vol. cit, fol. 41.

les, calificándolas de delirios producidos por la barbarie, ó de creencias inspiradas por Satanás para enseñorearse del alma de los indios. De aquí procedía el obstinado silencio que guardaban sobre aquellos puntos, los unos por encono ó por orgullo, viendo que se les burlaba; los otros, por que al fin llegaron á persuadirse de que en efecto eran tan bárbaros como se les decía. En *Ixtlilxochitl* se descubre á cada paso el primer sentimiento, y así lo nota el padre colector de sus escritos, al terminar la *Advertencia* con que comienza el volumen. “Algunos borrones, dice, se encontrarán en esta obra: queremos decir que en su contesto hay algunos párrafos y expresiones duras, odiosas y de mal sabor. Agitado el espíritu del autor de las creencias de aquel tiempo, dejó correr la pluma con inconsiderada libertad.” (6)

(6) El mismo *Ixtlilxochitl* refiere una de aquellas anécdotas, que perteneciendo á la vida íntima de los pueblos, son el más seguro criterio para juzgar de su estado social. Encareciendo las dificultades que tuvo que vencer para rectificar los hechos de sus historias, por la obstinada taciturnidad que guardaban los naturales, refiere, que habiendo preguntado un caballero á cierto indio antiguo quienes

Al trazar estos renglones no pretendo convertirme en campeón de la infalibilidad de nuestras historias, pues quizá soy en la materia más incrédulo de lo permitido; sin embargo, es necesario convenir en que si dudamos de la fe de las nuestras, debemos negársela á todas las conocidas, porque ni Diodoro de Sicilia, ni Josefo, Livio, Tácito, ni otro alguno de los historiadores, aun los más acreditados, puede presentar en su apoyo los testimonios de creencia que resplandecen en los nuestros. De intento he omitido el nombre de Herodoto, el más curioso é instructivo de los antiguos, puesto que desde los rudos ataques que dió Plutarco á su veracidad y á sus intencio-

habían sido los progenitores de *Ixtlilxochitl*, padre del rey *Netzahualcoyotl*, le respondió aquel: que *Ixtlilxochitl* no había tenido padre ni madre; que había nacido de un enorme huevo que una águila colosal puso en un árbol, plantado en la plaza de la ciudad; y que no teniendo rey los aculhuas cuando acaeció este suceso, proclamaron al niño que nació de aquel huevo, dándole el nombre de *Ixtlilxochitl*. Como el caballero se riera de ésta historia fabulosa, aconsejando al viejo que no contara tales necedades éste le respondió, “ que á él y á todos los que le preguntaran acerca de esto, les había de responder éstas y otras cosas tales como éstas, especialmente á los españoles.”

nes, han fortificádose los bandos literarios que nos lo presentan como el *padre de la historia y de la fábula*, bien que la crítica y la ciencia moderna avancen cada día en la rehabilitación de sus eseritos y de su nombre. Nada digo tampoco de las relaciones de viajes, porque desde los atrevidos cuentos de Marco Polo hasta los dorados embustes de Chevalier y groseras mentiras de Lowensterd, uno está autorizado para dudar de lo que escriben los pretendidos testigos de vista.

La crítica histórica es quizá la parte más difícil y menos adelantada de la literatura, no obstante lo mucho que se ha escrito sobre ella, pues todavía uno corre el inminente peligro de caer en una nimia credulidad, ó en un pirronismo que destruye radicalmente la ciencia. Una historia puede ser exactamente verdadera y altamente instructiva, aun conteniendo los más increíbles absurdos y despropósitos, con tal que nos trasmita fielmente las tradiciones, las creencias y las costumbres del pueblo que nos da á conocer; así como será omnímodamente falsa, aunque refiera hechos comunes y verosímiles, si son inventados

por el autor ó no descansan sobre sólidos fundamentos.

La historia mexicana, como la de todos los otros pueblos, se forma de esas dos clases de noticias: en las unas se describen los usos, costumbres y creencias dominantes que dan el tipo de la nación; y en las otras la vida pública y privada de sus hombres célebres, allende los otros hechos que interesan á la masa de la comunidad y que constituyen el sér y vida de las sociedades. En cuanto á las primeras, repito lo que antes he dicho, que ninguna de las historias conocidas puede sostener el paralelo con las nuestras; porque ni Aulo Gelio, ni Macrobio, ni Petronio, ni otro alguno de los que emprendieron describir las costumbres privadas de los pueblos que conocieron, presenta en apoyo de su fe datos tan auténticos ni fidedignos como los que ministran nuestros cronistas, especialmente el diligentísimo padre Sahagún.

Por lo que toca á biografías y á sucesos, me parece que no pueden considerarse como mejor autenticados los contenidos en las historias griegas y romanas, que los que memoran *Ixtlilcochitl*, *Tezozomoc*, *Veytia* y

otros que han bebido en fuentes nada semejantes á las en que bebieron Herodoto ó Dionisio Halicarnaso: ni creo que los grandes hechos de Alejandro, referidos por Quinto Curcio ó por Arriano, sean más dignos de fe que los de *Netzahualcoyotl* ó cualquiera otro de nuestros reyes, trasmitidos á la posteridad por sus compatriotas ó descendientes. Nada digo de las inciertas tradiciones de los Asirios, Medos y Persas, ni de las nebulosas dinastías de los Egipcios, cuya memoria todavía se busca en las ruinas de sus ciudades y de sus sepuleros.

Ni se diga que esos escritores contaron, además de los recursos de la tradición, con los de las inscripciones, los relieves, las pinturas y algunas antiguas memorias; pues tradición por tradición, escritura hierática ó fonética por escritura geroglífica, y memorias por memorias, no hay razón alguna para decidir que las asiáticas ó europeas deban reputarse verdaderas y las americanas falsas; ni juzgo tampoco que los Mármoles de Arundel, los Fastos consulares, los cronicones de Julio Africano, de Eusebio. &c. fundados en la tradición y en los monumentos, puedan merecer más

fe que las memorias de nuestros indígenas, sacadas de antiquísimas pinturas y de otras fuentes monumentales que todavía hoy en parte se conservan. El Sr. Prescott, que las ha examinado con encontrados afectos, vacilando entre la admiración y el desdén, tan presto deplora su destrucción, como una pérdida de gran valor (vol. I, pág. 70 y sig.), y tan presto rebaja su cuantía, hasta presentárnosla como poco menos que indiferente.

El sabio historiador, que había limitádo-se en su nota de que me ocupo, á sólo poner en duda la existencia de escrituras toltecas, ataca de frente todo el resto de nuestros antiguos anales en la crítica que hace de los escritos de *Ixtlilxochill*. “ Debe “ también tomarse en cuenta, dice en la “ página 151, que si en su narración parece algunas veces incierto é indeciso “ (startling), esto depende de que intentó penetrar con sus investigaciones hasta “ los abismos misteriosos de la antigüedad, donde la luz y las tinieblas se encuentran confundidas, y *donde todo es “ susceptible de desfigurarse, como que se ve “ al través del nebuloso medio de los gerogli-*

“ *ficos.*” (7) Si esta crítica del Sr. Prescott recayese sobre una interpretación escrita en nuestros días, yo respetaría su fallo; pero tratándose de un intérprete próximo descendiente de los reyes de Tezcoco, que floreció en los tiempos inmediatos á la conquista, que conoció de trato íntimo á los que habían visitado sus archivos y poseían una parte de sus crónicas, y que, como decía él mismo al virrey á quien dedicó sus Relaciones, esa escritura geroglífica era para los que la entendían, *tan clara como nuestras letras*; cuando se trata, en fin, de un hombre en quien el mismo Sr. Prescott reconoce instrucción y talento, y que fué durante su vida el intérprete titulado del yirreinato, no es posible pasar por la disculpa con que se atempera la crítica, sin arrojar un grande descrédito sobre nuestras historias y nuestros monumentos; ó si se admite, será preciso hacer una inmensa rebaja en la proverbial barbarie de sus destructores. La tradición uniforme y el juicio que aun podemos formar

(7) Vease el texto original, vol. I, pág. 207 de la edición americana.

por los restos que nos quedan, no obstante la pérdida de la clave de su interpretación, bastan para destruir cualquiera suposición contraria.

Yo convengo, desde luego, en que este ramo de la ciencia azteca no ha debido encontrarse al alcance de todos, pues sabemos que hasta los últimos tiempos del imperio mexicano había colegios establecidos para enseñarla á las personas destinadas á escribir los anales y los ritos de la nación; mas no me parece en manera alguna fundado el severo juicio del Sr. Prescott, que presenta aquella escritura como incomprendible, ó lo que es casi igual, como *susceptible de desfigurarse*; ni menos encuentro concluyente la autoridad que produce en su apoyo. “La *necesaria irregularidad é incertidumbre* de estos anales históricos, dice, se manifiesta en la advertencia misma del intérprete español de la colección de Mendoza, el cual repetía que los naturales encargados de explicarla, se dilataban mucho en ponerse de acuerdo sobre la propia ó genuina significación de las pinturas” (pág. 68, nota 10).” (8) Cita en compro-

(8) En este pasaje y en el anterior me he tomado

bación la advertencia con que concluye dicho intérprete, que en su original español dice así: “El estilo grosero é interpretación de lo figurado en esta historia supla el lector, *porque no se dió lugar al interpretador*, y como cosa no acordada ni pensada, se interpretó á uso de proceso. Ansimismo en donde van nombrados Alfaqui mayor y Alfaqui novicio, fué inadvertencia del interpretador poner tales nombres, que son moriscos. Ase de entender por el Alfaqui mayor, sacerdote mayor, y por el novicio, sacerdote novicio. Y donde van nombradas mezquitas, ase de entender por templos. *Diez dias antes de la partida de la flota se dió al interpreta-*

la libertad de abandonar la traducción del Sr. Navarro, sustituyéndola con otra menos elegante, porque cuando se versa un punto de filología, debe reproducirse con la mayor posible exactitud el espíritu y el pensamiento del autor. Como es muy probable que yo me haya equivocado en la apreciación de sus palabras, las copiaré literalmente. “The necessary looseness and uncertainty of these historical records are made apparent by the remarks of the Spanish interpreter of the Mendoza codex, who tell us that the natives, to whom it was submitted, were very long in coming to an agreement about the proper signification of the paintings.—*History of the conquest of Mexico, &c.* Vol. I, pág. 98. New-York, 1843.